

MANUEL ARGÜELLO MORA:
PRIMER NOVELISTA COSTARRICENSE¹

Juan Durán Luzio

Cincuenta y cuatro años de edad tenía Manuel Argüello Mora cuando decide dar a las páginas de la revista *Costa Rica Ilustrada* los capítulos iniciales de su primera novela, *Risas y llantos*; el resto de la obra fue redactado a medida que aparecían las entregas posteriores para esa misma publicación Josefina.

Corría el mes de marzo de 1888 y el país disfrutaba de una época de prosperidad y apertura cultural gracias a la secularización de la sociedad, generada por las leyes implementadas en la acción de los grupos liberales. Un moderno *Código Civil* y otro de *Procedimientos penales* habían entrado a regir desde el 1º de enero de ese 88. También ese año comienzan funciones el Colegio Superior de Señoritas y el Museo y la Biblioteca Nacionales. El año anterior se abrieron el Liceo de Costa Rica y el Instituto de Alajuela, creándose así un nuevo colectivo humano, el de los estudiantes secundarios, lectores potenciales de la creciente producción escrita del país; pero, para dar fuerza a esta educación media y a la primaria, que debía alimentarla, se toma en el mes de agosto del 88 la paradójica medida de cerrar la Universidad de Santo Tomás, dejando en pie solo su escuela de Derecho, medida que revela el exceso a que llegaba el espíritu democrático.

Por otra parte, los negocios privados prosperan y se aumenta el número de tiendas, de tranvías y correos; los primeros teléfonos se instalan en algunas mansiones josefinas, y la luz eléctrica alcanza a las villas de Cartago, Heredia y Alajuela. Y tal vez sintiéndose amparados por ese clima de progreso y tolerancia, centenares de obreros italianos que laboraban en la instalación del ferrocarril al Atlántico se alzan, en octubre de 1888, en la primera huelga organizada que conoce el país.

Tiempo a creer en la magia de las coincidencias que a menudo rigen las vidas individuales, pero en el cuerpo social amplio de un país, este conjunto de reformas concurren por voluntad de un pensamiento político organizado que deseaba muy conscientemente transformar Costa Rica; Manuel Argüello Mora es un testigo de privilegio de estos cambios, y me parece que no desea permanecer sólo como espectador de ese laborioso despertar del cual surgiría la Costa Rica moderna.

Hay otro dato más interesante para nosotros acerca de lo ocurrido en 1888, año de la aparición de *Risas y llantos*: el maestro Paúl Biolley, suizo francés vecindado en San José, daba a luz, por las prensas de Antoine Girard, en París, un librito de 127 páginas, en que reclama reconocimiento para una nación, cuyo nombre -decía-, no evoca entre los europeos reminiscencia alguna, salvo entre los gourmets el sabor de un café muy bueno, pero demasiado caro. El título del libro de Biolley anuncia, sin embargo, a un profesor atento y a un buen visionario: le ha llamado Costa Rica et son avenir. Más sugerente aún: en el prólogo el profesor Biolley asegura que el país está llegando a un estado de civilización y cultura que algunas grandes naciones podrían justamente envidiarle². Pero su literatura, se lamenta, y hay que reconocerlo, estaba apenas en gestación. Como se verá, el pensamiento, los planes y la actitud

¹ Conferencia leída por el autor y publicada en la *Revista Comunicación* (Cartago: Instituto Tecnológico de Costa Rica) año 22, v. 11, edición especial, diciembre 2001. El profesor Durán Luzio fue invitado a participar como conferencista principal en la VIII edición del Congreso de Filología, Lingüística y Literatura.

² Paúl Biolley, *Costa Rica et son avenir* (París: A. Girard, Libraire Editeur, 1889). Una descripción detallada de este libro "Costa Rica y su porvenir- en Luis Dobles Segreda, Índice bibliográfico de Costa Rica (San José: Imprenta Lehman. 1928) II, 263-265.

de Argüello Mora coinciden puntualmente con las reflexiones y preocupaciones del profesor Biolley.

Manuel Argüello Mora por estos días no solo era un escritor reputado, y esto, porque tenía el raro privilegio de ser prácticamente el único en el país. Era además un ciudadano muy distinguido: Profesor de Derecho, Magistrado de la Corte de Casación, ex Ministro de Gracia, justicia y Fomento, y exrector de la Universidad de Santo Tomás. En el cultivo de las letras ya había probado con éxito su pluma, en especial en el género del cuento, y aunque sus relatos eran de carácter tal vez demasiado incipiente, tal vez muy cercanos a la crónica, dan prueba de buen manejo del oficio y de una vocación literaria bien definida.

Pero, entonces, ¿qué lo induce en ese momento de su vida a abandonar el cuento, la crónica histórica, para intentar la riesgosa empresa de escribir una novela de corte romántico realista?

No lo sé con seguridad, pero tengo dos respuestas provisorias ante esta duda: la novela desde mediados del siglo diecinueve se impone en occidente como el hacer favorito de los grandes autores; es el género modélico del arte literario mayor. Es el género que da la fama y la consagración definitiva al escritor. Y es posible que al artista Argüello Mora lo guíe un deseo de emulación, de alcanzar el reconocimiento literario en el género más relevante del momento. Y él, por entonces hombre ya maduro, sabe que su hora no puede retardarse. O, tal vez, el cuento breve le resultaba insuficiente, limitado acaso como el espacio apto para la fundación y la plasmación de una literatura nacional. Este debe haber sido un dilema intenso en su mente de escritor: de aquí debió salir el propósito definido de escribir una novela propiamente costarricense.

Por otra parte. Argüello es buen lector, y parece estar bien al día de cuanto se publica en Europa; ha viajado por el Viejo Mundo y norte América, y me permito inferir, así, que ha sentido el llamado de lo presente, el reclamo de lo actual: se ignora al país fuera de Centroamérica, y la llegada de la tendencia realista a tierras americanas le fuerza a mirar a su alrededor y ver una nación, su nación en condición inédita: aún no ha sido descrita en el trajín de su existencia diaria por ningún escritor. Las páginas que deberían presentarla al mundo estaban en blanco. Esto debió haber sido una preocupación de peso para un hombre inteligente, para un patriota que siente y vive las demandas de su hora.

Argüello Mora, lector de Hugo, de Balzac, acaso de Flaubert, sabe entonces que él debía cruzar el umbral de lo inédito costarricense para irrumpir en el ámbito mostrativo de la novela. Era la urgencia por contribuir en la apertura de una vía en el país donde aún no se conocía este cultivo, donde recién se empezaban a generalizar las noticias de los procedimientos técnicos para fijar el mundo propio e inmediato en los capítulos de una narración amplia. Creo que Manuel Argüello Mora intuyó que podría caberle el gran honor de ser un fundador: la novela inaugural de Costa Rica le estaba esperando. Tiene ahí, ante sí, ante el hombre público, ante el historiador, ante el escritor hecho y derecho que se siente, el desafío de realizar un aporte mayor en este momento de su vida a la cultura de esta su patria, de su Costa Rica que amaba tan entrañablemente.

Si él debía abrir un camino, es necesario preguntarnos, ¿qué había antes suyo? ¿Ningún escritor le precedía? Sabemos que la imprenta llega al país apenas en 1830, fecha tardía, aún para la región centroamericana. Y en un taller de imprimir, como fue el primero, dedicado a dar a conocer las cuestiones de gobierno y las leyes de la joven República, -tareas prioritarias de esa imprenta de la Paz- se había postergado el cultivo de la literatura y, con ello, el de la novela, género tan aclamado ya en el resto de ambas Américas.

Hemos dicho que Argüello cimentaba su nombre literario en el cuento; en efecto, un tomito titulado *Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Las dos gemelas del Mojón*, es decir, libro encabezado con el nombre de los tres relatos que incluye, había salido a luz en San José en 1860 por la Tipografía de la Paz. Son relatos con sabor al realismo

romántico que se lee vigente entonces por todo el continente: y uno de ellos, "Un hombre honrado", es apenas algo más que un cuadro de costumbres bastante burlesco y preciso, veintiséis años tiene nuestro autor por entonces. En las dos décadas siguientes Manuel Argüello continúa escribiendo crónicas y cuentos, al menos una docena de ellos, pero no los reúne en un tomo; no los hace un libro. ¿Por qué? ¿Es que con el paso de los años, no les concede ya tanta importancia? ¿Era solo asunto de una inquietud muy personal?

Permítanme esbozar otra hipótesis provisional en busca de respuesta: me parece que el cultivo de crónicas históricas, y de relatos literarios de contenido histórico le había servido, sobre todo, para curarse de una herida profunda de su juventud: su tío era, había sido, el presidente Juan Rafael Mora Porras, el patriota fusilado por una equivocación de la historia, el héroe inmolado en los altares de esta patria que nacía; Juan Rafael Mora, casi su padre, ya que por temprana orfandad el niño Manuel creció bajo la tutela del hermano de su madre, a quien más tarde acompañó muy de cerca en el triunfo y en su muerte. Golpe brutal para el joven Manuel "por ser sobrino carnal del gobernante, y en realidad su hijo adoptivo, [escribió más tarde Argüello] y a quien yo le debía todo, educación, profesión y el cariño de un padre³. Esta figura, a poco de morir y ya simbólica para el pueblo costarricense, esta imagen del padre ausente es siempre venerada en sus crónicas y en sus relatos.

Creo que Argüello Mora, en fin, deja de frecuentar esa historia nacional inmediata, dolorosamente personal, cuando sus heridas han restañado; cuando se siente capaz de perdonar a sus rivales. Sin embargo creo, sobre todo, que como artista abandona el cuento breve, se aparta de la historia, porque ha comenzado a pensar en la novela; creo que su inspiración como su mente trabajan para dar el paso fundacional en un género cuyo alumbramiento el país dilataba en exceso. Y la suya debería ser una novela que no tocara la historia, que no tocara los bandos políticos aún dolientes, pero una novela que fuese esencialmente costarricense. Y hacia 1888 la escuela realista francesa le proveería de modelos, de recursos narrativos, de formas que lo orientaran en esa singular demanda.

He dicho que las primeras décadas de la imprenta aquí casi no dieron espacio a la literatura. Gracias al paciente *Índice bibliográfico de Costa Rica*, del erudito Luis Dobles Segreda, sabemos que la primera obra de ficción que se imprimió en el país por entonces -con la excepción de los tres cuentos de Argüello Mora- es una traducción de la novela *Danaè* del autor francés Bernard Adolphe Granier de Cassagnac, obra publicada en San José por la Imprenta Nacional, en 1869⁴; Granier de Cassagnac era conocido sobre todo como historiador, pero había publicado esa única novela con relativo éxito en París en 1859⁵. La novela *Danaè* está elogiosamente dedicada al barón de Chateaubriand por medio de una carta introductoria en la que Granier alaba a quien fue capaz de cambiar el rumbo de las musas: "Y si a nuestro siglo pertenece, en realidad, la gloria de haber abandonado la poesía de Homero para lanzarse en la del evangelio, el mundo jamás olvidará que fue U. quien bautizó a las musas y transformó el Gólgota en otro Parnaso⁶.

³ Manuel Argüello Mora, *La Trinchera y otras páginas históricas*. Prólogo de José Marín Cañas (San José: Editorial Costa Rica, 1975), 58.

⁴ Luis Dobles Segreda, *Índice bibliográfico de Costa Rica*, IV, 3-4. El volumen cuarto es el que en su gran bibliografía Dobles Segreda dedica a las obras literarias. La novela *Danaè* está pulcramente editada en un tomo de 145 páginas, pero desgraciadamente no se da el nombre del traductor.

⁵ Bernard Adolphe Granier de Cassagnac, 1808-1880. Entre sus obras más conocidas deben citarse *Histoire de classes ouvrières et de classes bourgeoises* (1838) y su *Histoire de causes de la révolution française* (1850).

⁶ La carta de dedicatoria así como la respuesta de Chateaubriand al señor Granier de Cassagnac abren el libro: *Danaè*, por Adolfo Granier de Cassagnac (traducción del francés) Costa Rica. 1869. Imprenta Nacional, calle de La Merced. 145 pp. Ni se indica el nombre del traductor ni se dan informaciones del cómo o del por qué de su edición en el país.

Por entonces tenía Argüello Mora 35 años de edad y su carrera literaria se había iniciado nueve años antes con la aparición del volumen de cuentos ya comentado⁷. Él sabía bien que era un pionero, un adelantado. Y debo exponer aquí otra deducción radical: creo que Argüello, conociendo que nadie le precede en las letras nacionales, que las avenidas están abiertas para probar su ingenio, y que los maestros franceses han irradiado con justicia su fama por todo el mundo, intentará con voluntad y amor el desafío de ser el primer tico en enfrentarse al hecho temerario de escribir una obra de ficción extensa, y que, a pesar de su posición social y familiar, no se atemorizará ante el respeto de un pasado que no existe, ante el juicio de una sociedad que madura y crece, pero que es tardía o demasiado incipiente en el florecer de su literatura.

Vuelvo a un aspecto que me interesa acentuar: que sea la obra evangélica de Granier la elegida aquí en Costa Rica para la impresión primera de un escritor extranjero no debe asombrar en absoluto; se refiere a la expansión del cristianismo en la Roma imperial y la fuerza de su mensaje espiritual entre aquellos señores del mundo conocido; y, sobre todo, que sea Chateaubriand el autor dedicado de esa novela importa mucho dado el prestigio que en los países católicos del mundo le ha ganado desde 1802 su *Genio del cristianismo o bellezas de la religión cristiana*; su obra ya lo realza como una especie de santo civil, cuyas palabras se reproducen con frecuencia, aun desde el púlpito mismo. Sus novelas *Atalá* y *René* se habían convertido tanto en escuelas literarias como en modelos de una ética católica práctica, simple y conmovedora. En América la iglesia estimulaba la lectura de estas páginas y respondía con esos valores del espíritu al desenfreno racionalista que había propiciado la Ilustración y la vorágine revolucionaria liberal y republicana alimentada por el éxito de las guerras de Independencia.

Pero a Argüello tal vez no le conmueva esa parte de la obra del vizconde francés. Hasta puede ser que haya visto el tomo de Granier con desdén, porque él está pendiente de lo presente más que de lo pasado; por muy prestigioso que sea, el romanticismo literario apenas le recuerda de la conveniencia que en cualquier buena novela debe haber algún tipo de conflicto amoroso. El, sin duda, mira hacia los realistas más que hacia los románticos, porque el realismo estaba enseñando a mirar, a describir, a ver lo propio para expresarlo luego en la forma de un cuento o de, ojalá, una novela.

Olvidaba acotar que el libro de cuentos de Argüello Mora, impreso por la tipografía de la Paz en 1860, lleva ya un subtítulo tan modesto como significativo: "Novelitas de costumbres costarricenses". Modesto porque el diminutivo "novelitas" revela que el autor no se arriesga a utilizar el nombre de cuentos o relatos breves, género ya bastante perfeccionado en el siglo desde Edgar Allan Poe, el mismo Balzac y, sobre todo, por Guy de Maupassant; pero el calificativo "costumbres costarricenses" es significativo porque es evidente que ya existen, que ya hay costumbres del país conocidas y definidas, las que descritas darán cuenta de un modo de ser nacional; volveré luego sobre este punto.

Sabemos que era la realista la escuela que había descubierto la forma de representar una identidad nacional por medio del arte de los trazos entintados del novelista. Y de aquí, creo, la mayor de las urgencias que como artista, como historiador, como ciudadano siente Manuel Argüello Mora: establecer lo propio descriptivamente, focalizar y mostrar sus aspectos distintivos para dejarlos en el papel impreso, en una novela digna; y está será, pues, en adelante, una de las bases de la literatura nacional.

⁷ Manuel Argüello Mora, *Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Las dos gemelas del Mojón. Novelitas de costumbres costarricenses*. (San José: Tipografía de la Paz, 1860). No he tenido ocasión de ver este libro, pero de su existencia da cuenta Abelardo Bonilla en, Manuel Argüello Mora, *Obras literarias e históricas*, compilación de Victoria Azofeifa Camacho, prólogo de Abelardo Bonilla, apéndice y anotaciones históricas de Carlos Meléndez (San José: Editorial Costa Rica, 1963).

Además, me parece que hacia 1888, cuando escribe *Risas y llantos*, el cuento como género ya no le es suficiente; necesita variar su arte, ampliarse, ensanchar sus observaciones y su decir; creo que por lo breve, por la exigencia constructiva de la narración por sobre la descripción, por la requerida limitación en los personajes y la concentración del espacio narrado, el cuento le es insuficiente; entonces decide probar suerte en la novela; entonces redacta poco a poco *Risas y llantos* y se siente en posición de arriesgarse y darse a conocer como novelista ante el juicio de sus conciudadanos.

La primera entrega de la novela sale el 15 de marzo y la última, el 10 de septiembre de 1888, en las páginas de *Costa Rica Ilustrada*. Revista quincenal de ciencias, artes y literatura, editada por sus propietarios señores Próspero Calderón y José Antonio Soto. Aunque han aparecido solo 15 de los 29 capítulos que iba a tener la edición definitiva, la novela se vuelve a publicar dos años después, entre el 10 de julio y el 30 de octubre de 1890, en la segunda época de la misma revista. Es decir, un éxito y una meta alcanzados con altura⁸. Pero he aquí que en ambos casos el autor ha tomado una precaución comprensible: firma todas sus entregas con un seudónimo; se hace llamar Sirio, y su nombre civil no aparece por ninguna parte del periódico. Pero cuando la obra se halla ya aceptada, popularizada por sus dos ediciones, y sin duda gustada por sus conciudadanos, Argüello Mora la hace libro, le cambia el título a *Misterio, Escenas de la vida en Costa Rica*, y la firma bajo sus dos apellidos, pero esto solo nueve años después, en 1899. Voy a suponer que una persona de su prestigio social y profesional no deseaba exponerse ante el juicio público en el primer intento de algo tan difícil como escribir una novela, de algo tan temerario como saberse fundando un género en la aurora intelectual del país.

Pero permítanme insistir en la atracción que una inteligencia como la de Manuel Argüello Mora debió sentir por la obra de los escritores realistas; al optar por esa forma de novela, a la manera de Balzac, o del tardío Víctor Hugo, encuentra allí los modelos vigentes en París capaces de describir la nueva Francia postrevolucionaria de una manera original y profunda, pero modelos capaces también de enseñar a describir el mundo en cualquier otro sitio del planeta. Así fuese en Rusia como en Inglaterra, en la América del Norte como en la del Sur, lugares donde ya se aplicaba con relativo éxito el lente inventado en Francia a sociedades, a geografías, a personas tan diversas y distintas. Pero, ¿era solo cuestión de imitación?; ¿era así de simple el procedimiento escritural para un autor novel de la América Central?

Tal vez no, y he aquí otra conjetura para tratar de sustentar el sentido de esta duda: no descarto la posibilidad de que Argüello hubiese leído ya al novelista chileno Alberto Blest Gana, cuya obra *Martín Rivas, Novela de costumbres político-sociales*, aparecida en Santiago en 1862, bien pudiera ser la guía práctica del proceso de aplicación del realismo francés al medio hispanoamericano. Otra vez, esta última propuesta apenas pudiera apoyarse en la frase que sirve de subtítulo a *Risas y llantos*: "escenas de la vida en Costa Rica" puesto que esta frase, bien es cierto, delata una tradición ilustre a la que Argüello Mora desea adscribirse: un subtítulo muy similar había sido empleado por Balzac en 1842 al conjuntar en una serie varias de sus novelas bajo el título de *La comedia humana, costumbres de provincias*, y aun en 1857, ya en la primera edición de *Madame Bovary*, Gustave Flaubert ha empleado casi igual sintagma luego del título, *Moeurs de province*.

Por su parte Blest Gana, después del título de su exitoso *Martín Rivas*, la calificaba como "Novela de costumbres político-sociales". El uso común de este subtítulo no prueba relación alguna, salvo una común adscripción a los modelos galos. Sin embargo, ¿es esta novela chilena un ejemplo que Argüello tiene en cuenta? Provisionalmente creo que sí, pero no puedo soslayar la pregunta que sigue: ¿se conoce algo de literatura chilena en Costa Rica por

⁸ El complejo asunto de estas versiones se estudia en detalle en la edición crítica que se halla en preparación.

entonces, como para asumir que Argüello ha tenido algún contacto con esa potencial fuente? Es bien probable, puesto que la Librería Chilena, sucursal de la empresa *El Mercurio de Valparaíso*, abría sus puertas en San José hacia 1870 con preferencia de títulos editados allá. Además, hay que considerar que prácticamente todo el comercio internacional de Costa Rica se realizaba a través del puerto de Valparaíso, y que el intercambio entre ambas naciones es intenso. Y aún más sugestivo: en *Risas y llantos* aparece un personaje chileno, un cónsul lleno de inquietudes científicas, quien se une a la expedición viajera a la cima del volcán Irazú. Este cónsul ficticio bien pudo ser modelado por el señor Solano Astaburuaga, representante aquí de Chile y amigo de Argüello Mora; y hay otros chilenos en las páginas de y Argüello, lo cual pudiese connotar formas de relación con aquel país⁹. Pero más allá de estas anécdotas y suposiciones, las relaciones entre estas dos novelas resultan muchas como para descartar alguna relación; pero me ocuparé de ellas en otro lugar. A propósito de Valparaíso: en ese año de 1888 un joven poeta nicaragüense veía aparecer allí su afrancesado libro de versos y prosas titulado *Azul...*, dando inicio así al ciclo modernista. Tres años después se halla residiendo en San José, donde Rubén Darío llega a ser un buen amigo de Manuel Argüello Mora.

Vuelvo a una pregunta más procedente que las simples coincidencias: ¿qué más se conoce de literatura francesa en Costa Rica para sustentar la tesis que Argüello ha leído a los maestros mencionados? Maestros que el joven Darío, por su parte, ha leído extensamente en Managua, antes de embarcarse para Chile.

Diremos que aquí también se conoce bastante; y que sí, sí, hay lectores al tanto de las novedades francesas las que, en verdad, no es mucho lo que tardan en llegar a San José. Así por ejemplo, en el número 1 del periódico josefino *La paz y el progreso*, del 30 de noviembre de 1848, se anuncia un "Baratillo de libros" "en la tienda del Sr. Ramón Molina" y entre obras de derecho, de gramática, de historia, de medicina, de consejos prácticos, se anuncian *Los Natchez*, de Chateaubriand, en 6 volúmenes, *Las cartas persianas* [sic] de Montesquieu en 2 volúmenes y *El Emilio*, de Rousseau, en tres¹⁰.

Aún más sugestivo, en el periódico *El costarricense*, del 1º de septiembre de 1849 el periodista francés vecindado en San José, Adolphe Marie, amigo y consejero del presidente Mora Porras, publica un artículo sobre Alphonse de Lamartine, y en él se pregunta: "¿en qué lugar del mundo no se conoce a Lamartine? Lamartine está en todas las memorias, en todos los corazones, en toda la humanidad" (p. 28) Y el mismo Marie se ocupó en traducir varios textos breves de Lamartine, y de Victor Hugo, que aparecieron en periódicos locales. Y el 10 de diciembre de 1854 en el semanario *Ecos del Irazú* Marie escribe un admirativo artículo sobre Chateaubriand donde afirma: "Si alguien tiene derechos al orgullo es Chateaubriand, la gran pluma del siglo, como Napoleón fue la grande espada..." (p. 38).

Es aceptable suponer que estas crónicas fuesen invitaciones vividas para los amantes de las letras de entonces; es imposible pensar que el ascendiente de las letras francesas no operara aquí con fuerza parecida a la que ejerció en tantos otros países del continente hispanoamericano, aunque no todos los sectores de la sociedad mostrasen el entusiasmo reflejado por la prensa liberal. Que contrarios a estas renovadoras influencias galas también hubo; ya mucho más cerca de la fecha de nuestra novela, en marzo de 1882 el obispo Thiel "visita San Ramón y allí examina la biblioteca pública fundada por Julián Volio, y concluye expresando que los católicos no deben visitar ese centro donde pueden encontrarse hasta libros de Dumas

⁹ Francisco Solano Astaburuaga, quien pasó varios meses en el país durante al año de 1857, en condición de cónsul y encargado de negocios, de regreso en Santiago publicó un folleto titulado *Repúblicas de Centro América*. La sección correspondiente a Costa Rica se halla reproducida en la obra de Ricardo Fernández Guardia, *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros* (1929, San José; EDUCA, 1972), 303-331.

¹⁰ Este periódico se halla en la Sala de libros antiguos y especiales de la Universidad Nacional, colección Ernesto Robert Lujan (ER 4039).

y de Víctor Hugo". Añade el historiador Rodríguez Vega que este incidente contribuyó a alterar los ánimos electorales, y los liberales, que ganaron el poder pocos meses después, respondieron suspendiendo la enseñanza religiosa en el Instituto Nacional y prohibiendo el ingreso de más jesuitas en el país¹¹. El asunto, pues, no era banal porque la gente culta sabía que las novelas, a pesar de su naturaleza ficticia, concentraban lo esencial de un modo de ser, donde se representaba la pugna social entre el progreso y el pasado: que eran poderosos vehículos de imágenes e ideas como entonces no había otros. Manuel Argüello Mora en tanto hombre público y en tanto escritor debió asumir reflexivamente el riesgo que implicaba responder al último llamado de su vocación artística.

Pero es hora ya que ingresemos al texto de su novela. Y para ello me permito transcribir íntegra la advertencia mediante la cual Argüello introduce su obra a los lectores de la revista *Costa Rica Ilustrada*:

A mis lectores. Hace tiempo que deseábamos que alguna de nuestras buenas plumas ensayara la más fácil tarea de los aficionados a la literatura: la novela, pero no la novela que solo divierte al lector, sino la que enseña o instruye y más que todo la novela nacional. Mas en vano hemos esperado que nuestros deseos se cumplieran por quienes pueden y deben hacerlo. Esto me movió a explorar el terreno por mi parte. No soy ni pretendo ser escritor ni aun de cuentos de camino, pues ni mi profesión, ni mis ocupaciones, muy distintas de las literarias, me suministran elementos apropiados. A falta de otro mejor y más competente cerré los ojos y ensayé...

No llega mi vanidad hasta creer que esos cuentecitos hayan sido bien recibidos por su mérito; bien sé que solo se han leído porque son los primeros que tienen un colorido nacional.

Solicitado por algunos amigos para que dé más extensión a los simulacros de novela, ensayando algo más formal, en donde se puedan describir nuestras costumbres con más amplitud y oportunidad, he procurado complacerlos con la obrita que hoy comenzarán a leer los suscritores a *Costa Rica Ilustrada* y ocupará unos veinte o treinta de sus números.

La indulgencia del público es de rigor en cada caso, y a ella acude confiado quien no busca reputación ni gloria en una materia en que es profano, siendo su único objeto abrir la brecha para que otros más competentes se apoderen del campo y lo cultiven."

Hasta aquí la advertencia del autor, firmada por *Sirio*¹², y la que sin duda amerita algunos comentarios: primeramente, no deja de llamar la atención la variedad de argumentos por medio de los cuales el autor niega su capacidad para enfrentar el desafío que ahí de hecho asume; su modestia es, desde luego, falsa. Y finge responder a una sociedad que debería excusarle sus errores si descubriese la identidad del autor. Pero aún más desafiante, teme o sospecha que pudiese fracasar en la misión gigante de fundar la novelística nacional. Ahora podemos suponer que sus cuentos iniciales, sus esbozos históricos, eran pasos de preparación hacia la escritura de esta obra mayor que él añora, porque la otra, la fácil, la de divertimento, no sirve a los propósitos de una literatura patria que él se sabe inaugurando. Su escritura, co-

¹¹ Eugenio Rodríguez Vega, *Biografía, de Costa Rica* (San José: Editorial Costa Rica, 1994), 100.

¹² Bajo el seudónimo *Sirio* aparecieron todas las entregas. No sé si lo había utilizado antes Argüello Mora. Aunque en principio niega su condición de escritor, reconoce de inmediato la paternidad sobre los cuentos que antes ha "ensayado". Luego de este breve pero importante texto, aparecido en pp. 278-279 del número 18, de 15 de marzo de 1888, de *Costa Rica Ilustrada*, el autor da paso al primer capítulo de su obra.

mo un retrato, debía reflejar el rostro más auténtico de Costa Rica. Aquí yacía el sentido último de la tendencia realista.

Como nadie ha asumido el llamado de crear la novela nacional, de esbozar ese rostro del país, él se ha lanzado en la demanda; es un acto temerario el suyo, pero intuye que no le espera ni el vacío ni el fracaso: las entregas al semanario van bien dosificadas, en secciones similares, con cierres que saben abrir la tensión por el capítulo venidero; su prosa es cuidadosa y la acción novelesca parece pensada en su totalidad con antelación y con reflexión. Esta era una de las claras ventajas de la publicación periódica seriada: permitía al autor medir en la audiencia el efecto de su trabajo, y modificarlo o mantenerlo en cierta dirección, según fuese el caso.

Cuando Argüello pide que se le disculpe por la osadía, que lo hace por petición de amigos, que a falta de otros tiene que emprender él la tarea, sí que suena a excusa poco creíble en un hombre de pasado literario. Y digámoslo, en un hombre que aspira a consagrar su nombre y su papel social por medio de una contribución literaria que ha sido, quién lo duda, indeleble. Y esto él lo sabía muy bien: su esfuerzo no estaba equivocado, y de sus muchas contribuciones a la patria, era ésta la que iba a quedar en la memoria de las generaciones.

Por eso es, pienso, que ese texto introductorio a modo de prólogo sólo aparece en la versión de *Costa Rica Ilustrada*. Después ya sobra: la contribución a la cultura patria estaba hecha y el éxito se probaba por las reediciones. El lector costarricense de entonces, por vez primera, debió reencontrarse consigo mismo en esas páginas, se vio cara a cara con sus costumbres, con sus vestidos, con varias calles y edificios de su San José y hasta reconoció a ciertas personas entre sus personajes. *Misterio* o *Risas y llantos* lo había fijado para siempre entre sus líneas.

A propósito: mientras los maestros románticos habían enseñado que el espacio ideal para el desarrollo novelesco era el distante de las selvas umbrías y desconocidas de la Norteamérica, o la lejanía árida pero exótica del oriente, o bien, según la propuesta de Walter Scott, la distancia cronológica ya insalvable del mundo medioeval, los maestros realistas van a enseñar que nada más adecuado para el tipo de novela que ellos proponen que su desarrollo en un espacio cercano, conocido y accesible a todos los lectores: el de la ciudad actual, el de la capital de provincia, el de las calles frecuentadas por el hombre medio y contemporáneo del novelista. ¿Quién puede olvidar la lección que ofrece Honoré de Balzac en la primeras páginas de su pronto célebre Eugenio Grandet al solazarse en la descripción detallada de las casas y calles del dormido pueblo de Suamur, donde transcurre la totalidad de la novela? El espacio urbano inmediato desplaza, gracias a los realistas, al cosmos exótico que le precedía: el centro civil, el barrio, la calle y la sala de la casa se convierten en puntos de focalización dilectos para el narrador, como la taberna, la pensión, la esquina nuclear de la villa. En este sentido afirmamos que *Risas y llantos* es una novela Josefina, y sobre San José y, a la manera de Eugenio Grandet, ya desde su primera frase busca también el mismo tipo de precisión urbana: "La casa no 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia, el aspecto de un castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior"¹³ Carlos Meléndez nos enseña que esa Calle del Comercio es la Avenida Central de hoy, y Margarita Rojas y Flora Ovares, sostienen "que el texto más que ofrecer novedad o sorpresa subraya lo consabido y de esta forma acerca al lector a lo cotidiano"¹⁴. Y esto claro, hace sentido con el calificativo que el narrador da a su obra: "esta verídica historia". Así se explica también el abundante uso del recurso epistolar alternando con las acciones: intercalar cartas en el relato, las que asumen el aspecto de un

¹³ Se cita según la versión aparecida en el tomo *Costa Rica pintoresca*, p. 297.

¹⁴ Margarita Rojas González y Flora Ovares, *Cien años de literatura costarricense* (San José: Editorial Farben Norma, 1995), 44.

documento original, como ajeno a la pluma del novelista, como dato adjunto empleado para afianzar esas verdades.

En efecto, todas las informaciones puntuales que emanan del discurso novelesco van situando esa aspiración de la narrativa realista de fijar el medio local en cuanto es, en cuanto el lector puede confrontar ese mundo con su propia experiencia visual y vital. Es el proceso de fijar de un modo plástico e imaginario las costumbres y los espacios costarricenses que obsesionan al autor.

A esto agréguese el uso consistente del vos criollo y la clara conciencia del narrador acerca de este uso: así, al concluir un diálogo entre doña Inés y don Roque, se extiende en el siguiente juicio: "Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba a su esposo el tratamiento frío y respetuoso de Ud., que es mal síntoma por lo general. Don Roque usaba del vos, provincialismo que equivale al tú, pues en este país solo se tutean las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad o el parentesco muy cercano. Y como mi objeto al escribir esta historia no es otro que el de dar a conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser haré uso de esa antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para oídos extranjeros" (p. 235).

Ni tanto, porque la propiedad de una lengua que se sabe nacional, diversa a ratos del modelo peninsular, y aun diversa de la norma que se ha extendido por buena parte de la América española, era ya bastante aceptada por los hombres de letras. Las ideas expandidas después de 1845 por la *Gramática* de Andrés Bello acerca de un derecho natural de los pueblos sobre la singularidad de la lengua que hablaban daría este sólido sustento doctrinario a la nueva literatura que en adelante será espejo y sello de lo nacional. ¡Qué duda cabe: el realismo literario llegaba a Costa Rica para inaugurar su novelística, y Manuel Argüello Mora era su oportuno y afortunado emisario!

Pero, por otra parte, sería precipitado ignorar el legado romántico también patente en la obra; por ejemplo, en la intensidad e imposibilidad del romance central, y en el predominio del carácter sentimental de los acontecimientos a la par de lo económico o de lo social. Además, creo que después de 1867, es decir después de aparecida, leída, aclamada e imitada la célebre *María* de Jorge Isaacs, la mostración de un contexto africano intercalado en un texto americano se volvió irresistible: y en *Risas y llantos* se incluye un pasaje extenso ocurrido en África que, al igual como en el modelo colombiano, es narrado por un actor africano quien se halla ahora en Costa Rica. Es Puk, quien cerca del cráter del Irazú cuenta a su amada Narcisa una escena de caza ocurrida en algún lugar de Abisinia. ¿Representa esto la voluntad por incorporar lo exótico, por probar la ductilidad del género en un autor novel pero determinado a dejar una obra amplia, acorde con las demandas mayores del género según se desarrollaba en la América española? Es posible que pueda explicarse así esta cala narrativa, pero más importante, es el acento que marca sobre la convivencia de las preferencias realistas y las románticas que aún perviven hasta fines del siglo. Para confirmarlo baste recordar que, otra vez este año de 1888, se marca en Montevideo con la aparición del exaltado poema *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín, clásico de las letras del Uruguay y última expresión del romanticismo puro en Hispanoamérica,

Pero, además, por sobre o junto a las tendencias de escuela siempre sobresale el genio individual del autor, del artista que ha respondido al llamado de la creación y ha preparado instrumentos e imaginación para dar su respuesta al problema que le inspira. Por eso, al finalizar la novela, el narrador emite un juicio con el cual justifica lo hecho y confirma el espacio nacional como digno y apto para el desarrollo de la novela costarricense, allí asevera: "No es sólo en las grandes ciudades en donde germinan esos dramas tenebrosos y donde se ocultan esos insondables misterios productores de sufrimientos y desgracias. Allí donde respiren juntos dos seres humanos de diferente sexo, habrá suficiente material para confeccionar desven-

turas e inverosímiles sorpresas, suministradas por la fuerza ciega de la fatalidad o... de la naturaleza".

Y en Costa Rica desde hacía tiempo respiraban juntos seres de sexo diferente: el drama humano estaba allí, en la vida de los josefinos, en sus amores, en sus tensiones sociales; era cuestión de pasarlo con calidad a la página escrita para hacerlo imperecedero. Y esta fue la contribución de Manuel Argüello Mora, primer novelista costarricense.